

rando importantes las observaciones de Smith, el autor piensa que debe ser mantenido el término religión. Tras examinar las dificultades de alcanzar una definición, Saler lanza un duro ataque en los capítulos tercero y cuarto a las definiciones esenciales de religión. De acuerdo con los principios del relativismo cultural profesados por el autor, estas definiciones se muestran demasiado etnocéntricas y, a su juicio, no respetan la diversidad cultural. Además, Saler considera problemática toda referencia a lo «sobrenatural» o a lo «que nos concierne últimamente». Finalmente en el capítulo quinto examina algunos intentos de acercamiento a la religión a partir del concepto de «parecido de familia», que tiene su origen en L. Wittgenstein. Aunque considera tal concepto apropiado, no le parece que los intentos de definir la religión a partir de tal concepto hayan sido fructuosos.

A partir del sexto capítulo, el autor presenta de modo positivo su intento de conceptualizar la religión. Para ello se apoya en el concepto de «parecido de familia» complementado con una teoría de los prototipos o modelos. Según el autor, la religión es una abstracción, una creación de nuestro intelecto. Sin embargo existen ciertas características prototípicas que van ligadas al concepto de religión: creencias en la comunión con Dios o los dioses, un código moral, ideas acerca de la posibilidad de superar el sufrimiento, ritos, etc. Estos elementos no son poseídos del mismo modo por todas las religiones, de modo que la religión no sería una cuestión de «sí o no», sino de «más o menos». En el último capítulo defiende su propuesta de la posible acusación de etnocentrismo.

El libro de Saler no carece de interés aunque tiene graves deficiencias. En efecto, cabe preguntarse, si es posible analizar un concepto como el de religión de un modo supuestamente aséptico. ¿En

qué consiste tal asepsia? ¿quizás en mantener un agnosticismo respecto a la existencia de Dios? Y ¿cuáles son los criterios para decir que algo es una religión? En definitiva, no se puede olvidar que también el antropólogo cultural asume y presupone una ontología y una epistemología; es decir, parte de categorías filosóficas, en ocasiones no confesadas.

Saler pretende evitar esto limitándose a ofrecer una conceptualización funcional de la religión, es decir, centrándose en la descripción de cómo funciona ésta en la mayoría de los casos. Pero, con ello elude la consideración del aspecto emotivo y experiencial de la fe y de su aspecto voluntario. Por esto, su conceptualización es básicamente incompleta.

En definitiva, la antropología cultural, como el resto de ciencias humanas de la religión, presenta e incluso suscita ciertos problemas que no puede resolver por sí misma, por ejemplo, los relativos a qué es la religión o a si realmente existe el objeto de la religión. Estos son problemas estrictamente filosóficos. La antropología cultural puede recoger muchos datos sobre el modo en que los hombres conciben las distintas religiones, pero es incapaz de ofrecer criterios para distinguir los esenciales de los accidentales. Sin una correcta reflexión filosófica sobre la religión parece imposible determinar cuál es su naturaleza.

F. Conesa

Christoph SCHWÖBEL, *God: Action and Revelation*, Kok Pharos, Kampen 1992, 156 pp., 16 x 24.

En este libro, Schwöbel, profesor de teología sistemática en el King's College de Londres, recoge un conjunto de escritos sobre temas de teología fundamental. Tanto por la exposición de los temas como por las fuentes que utiliza se recono-

ce fácilmente en la obra la formación evangélica del autor. Los temas más importantes consignados en esta obra tienen por objeto la naturaleza de la teología, la comprensión de la acción de Dios y la revelación y la fe.

De la naturaleza de la teología se ocupa el autor en los artículos que abren y cierran la colección. Allí presenta a la teología como una investigación teórica cuyo fin es, sin embargo, primordialmente práctico. La teología es —dice— la «autoexplicación de la fe cristiana respecto a las afirmaciones de verdad y normas de acción que son afirmadas, presupuestas o implicadas por ella» (p. 10). Esta reflexión —subraya— es provocada por problemas prácticos y su finalidad es también práctica. Junto a la Sagrada Escritura, como criterio teológico fundamental, reconoce el autor el valor de la tradición aunque —en la línea protestante— considera que su autoridad es derivada y dependiente de la Escritura.

Con el fin de evitar los excesos tanto del racionalismo como del fideísmo, el autor subraya que la racionalidad propia de la teología es una «racionalidad relativa». Con esta expresión se refiere al hecho de que, la teología, aunque no excluye los principales parámetros ordinarios de racionalidad (realización de inferencias válidas, comunicabilidad, carácter integrador, etc.), es consciente de que no es el ideal de racionalidad quien determina lo que debe creerse, sino que el punto de referencia último es Dios mismo, fuente de sentido y racionalidad.

El segundo tema —quizás el central— de que se ocupa Schwöbel es la acción divina. Según el autor es preciso que la teología realice un discurso coherente sobre tal acción y que afronte las dificultades que provienen de la epistemología kantiana, el materialismo y el empirismo lógico. En su estudio, Schwöbel considera tres tipos de acción divina: la constitución de la realidad (creación), el descu-

brimiento de la verdad acerca de la constitución de la realidad (revelación) y la infusión de la certeza acerca de esa verdad (inspiración o *testimonium internum* del Espíritu Santo). Separándose de la teología agustiniana —para la cual las acciones *ad extra* deben predicarse de la esencia divina— insiste en que es preciso reconocer en cada una de estas acciones la obra de una de las personas divinas.

El autor se detiene en el estudio de una de las acciones divinas mencionadas, la revelación, la cual es entendida como «el acontecimiento de la auto-manifestación de Dios en Jesucristo a la humanidad, el cual es reconocido como el fundamento de la verdadera relación de los seres humanos con Dios, con el mundo y consigo mismos» (p. 86). Se subraya, junto al carácter trinitario de la revelación, su íntima conexión con la experiencia humana, caracterizada por la apertura del hombre a la realidad.

El último tema de que se ocupa es la fe, que es presentada como la confianza incondicional en Dios, la cual consiste en el reconocimiento de la certeza de la verdad del Evangelio. De este modo, Schwöbel muestra la conexión entre el elemento de asentimiento y la confianza en la fe. La fe —subraya con acierto— presupone la proclamación del Evangelio, la comunicación lingüística de su contenido. Este contenido es admitido como verdadero y se refiere a la naturaleza de la realidad.

Una de las deficiencias de esta obra es su falta de unidad, debido a su carácter de colección de escritos. No será posible, por ello, hallar una tesis que sea central en el libro, sino diversas tesis y afirmaciones entremezcladas. El teólogo católico podrá, sin embargo, encontrar en la obra interesantes sugerencias que le ayudarán a una reflexión más profunda sobre los temas tratados por el autor.

F. Conesa